

RICHARD LAYMON



MONTAÑA SINIESTRA

Existen algunas ideas que parecen ser buenas, pero que resultan ser muy malas. Como la de irse de excursión a las montañas que tuvieron los O'Toole y los Gordon.

Porque en ellas habitaban unos extravagantes ermitaños: Ettie, una bruja nada encantadora, y su hijo Merle, que tenía el feo vicio de asesinar excursionistas; y violarlos previamente, si eran mujeres. Hasta que topó con los O'Toole y los Gordon: cuando Merle atacó —no podía evitarlo— ellos tuvieron la fortuna (para ellos) de liquidarlo.

Y Ettie, bruja sumamente maliciosa, pero también madre desconsolada, lanzó una maldición sobre las dos familias...

A mi hermano Bob, que recorrió conmigo las sendas de la juventud

*Ten cuidado en tu camino,
Anda con mucha cautela.
Ten cuidado con la bruja
Del monte en su oscura cueva.*

*Siempre has de hablar en susurros,
Nunca has de marchar a solas.
Y por si allí la arpía acecha,
No quites ojo a las sombras...*

*La bruja quiere atraparte.
Está espiando tu estela.
Nunca has de marchar a solas.
Anda con mucha cautela.*

Primera parte

1

Cheryl volvió a oírlo: el tenue y seco crujido de un pie que aplasta las hojas caídas. Esa vez, sonó muy cerca.

Permaneció rígida dentro del saco de dormir, casi sin atreverse a respirar, con la vista levantada perpendicularmente hacia la oblicua pared de tela de la tienda, mientras se decía que era cuestión de conservar la calma.

Lo más probable es que sólo se tratara de un animal. Tal vez un ciervo. Unos días antes, cuando estaban acampados en la pradera de la parte inferior del paso, les despertó en plena noche un ciervo que deambulaba por las proximidades de la tienda. Sus pezuñas armaron bastante estrépito al abrirse paso a través del follaje, quebrar ramas y batir el suelo. Bambi el Elefante, lo bautizó Danny.

Esto era distinto.

Esto era furtivo.

Lo oyó una vez más, se encogió y se clavó las uñas en los desnudos muslos.

¿Quizás algo que caía de un árbol? ¿Piñas? Supuso que podían producir ruidos como aquél. El viento soplaba con suficiente fuerza y continuidad como para arrancadas de las ramas.

«Eso es. Eso tiene que ser. De otro modo, alguien ha de encontrarse a la entrada de la tienda, y eso sí que no es posible».

No habían visto un alma en los dos últimos días.

Habían llegado al lago Mezquite Inferior a primera hora de aquella tarde. Con la excepción de aquel racimo de árboles, el gélido lago se encontraba totalmente circundado

por estériles rocas. Habían dado la vuelta completa al mismo. Habían explorado el bosquecillo. No vieron a nadie.

Ni siquiera cuando franquearon la cresta que daba paso al Mezquite Superior.

A nadie.

Cheryl respiró hondo y se esforzó en tranquilizarse. «A dormir, cobardica».

Concienzudamente, Cheryl relajó las piernas, las nalgas y la espalda, se arrebujó en el calorcillo del saco de dormir y volvió la cabeza para estirar los tensos músculos del cuello. Le entraron ganas de darse media vuelta. Deseaba ponerse boca abajo y ahondar una madriguera, pero no se atrevió a ir tan lejos.

Un monstruo debajo de la cama. Como cuando era niña y sabía que un monstruo terrible estaba agazapado bajo el lecho. Si ella se mantenía absolutamente inmóvil, el monstruo no le haría nada.

«Tengo dieciocho años. Soy demasiado crecida para eso».

Poco a poco, procedió a volverse. Su espalda desnuda produjo roces y ruidos susurrantes sobre el nailon del saco de dormir, casi lo bastante altos como para enmascarar el que resonó en aquel momento. Se quedó rígida. Estaba de costado, cara a Danny. El otro ruido llegó por detrás de ella: un suspiro siseante, muy parecido al que originarían unas uñas que arañasen el tejido de las paredes de la tienda.

Cheryl se precipitó sobre Danny y le sacudió por los hombros. Al tiempo que emitía un gemido, el muchacho levantó la cabeza.

—¿Eh? ¿Qué pa...?

—Alguien está ahí fuera —jadeó Cheryl.

Danny se incorporó, sobresaltado, sobre los codos.

—¿Cómo?

—Ahí fuera. Le oí.

—¿A quién?

—Chisst.

Ninguno de los dos se movió.

—Yo no oigo nada —dijo Danny en tono adormilado.

—Yo sí. Santo Dios, está ahí mismo. ¿No lo oyes?

Arañó la tienda.

—Probablemente sólo sería una rama.

—Danny.

—Está bien, está bien, saldré a echar un vistazo.

—Iré contigo.

—Maldita la falta que hace que se nos quede helado el culo a los dos. Iré solo.

Se puso a gatas, todavía en el saco de dormir de dos plazas, en el que irrumpió entonces el fresco aire de la noche, mientras el muchacho rebuscaba entre la ropa y el equipo depositado en la cabecera de la tienda. Sacó la linterna de su funda.

—Es cuestión de un momento —dijo.

Cheryl se apartó. Danny salió del saco de dormir y anduvo a cuatro patas hasta la entrada de la tienda. De rodillas, desnudo, tiró allí del cursor de la cremallera del mosquitero.

Cheryl se sentó. La envolvió el frío nocturno. Empezó a tiritar y se oprimió los senos.

—Quizá sea mejor que lo dejes —susurró—. Vuelve aquí.

—No, está bien.

—Por favor...

—De todas formas, tengo que orinar —manifestó, y se dispuso a pasar entre las solapas de la entrada de la tienda. Estaba medio fuera cuando se detuvo. Profirió un gruñido en tono bajo. Uno de sus pies trató de retroceder.

Cheryl oyó un sordo chapoteo. Sobre las solapas de la tienda llovió una rociada de salpicaduras.

Las piernas de Danny salieron disparadas de debajo del cuerpo. El chico rebotó hacia arriba, las rodillas golpearon el suelo de la tienda cuando Danny cayó y se agitó en de-

menciales espasmos que parecía iban a prolongarse eternamente. Por último, el muchacho quedó inmóvil.

Los ojos de Cheryl vieron horrorizados que el cuerpo de Danny empezaba a deslizarse a través de las solapas de la entrada. Desaparecieron las nalgas del muchacho. Y las piernas siguieron el mismo camino, como si unas fauces tenebrosas las engulleran despacio. Cheryl se quedó sola en la tienda.

Pero no por mucho tiempo.

2

Meg entró tambaleándose en la sala de estar, con el cinturón del salto de cama colgado del brazo.

—¡Por todos los santos, corazón! ¿Qué hora es?

—De noche —repuso Karen.

—Dime una cosa. Por Cristo, dímelas. ¿Llamas a eso vacaciones?

—Desde luego.

—Sí, supongo que eres muy capaz. —Se dejó caer en una butaca, enganchó una pierna sobre el mullido brazo tapizado y alargó la mano hacia un paquete de cigarrillos—. ¿A qué hora pasará a recogerte?

—A las cinco y media.

—Ufff. ¿Preparo un poco de café?

—No, no quiero tener que aguantarme luego las ganas de hacer pis.

—Mierda. Con el coche lleno de críos, tendréis que parar cada cinco minutos.

Meg encendió un pitillo.

—No son exactamente críos —especificó Karen—. Julie tiene dieciséis años. Benny, trece o catorce.

—Peor me lo pones. Por Cristo, muchacha, no sabes dónde te metes.

—Son buenos chicos.

Karen apuntaló la mochila contra el sofá y metió en ella el saco de dormir tipo momia.

—¿Cuál es la otra familia?

—Los Gordon. No los conozco.

—¿También tienen hijos?

—Tres.

—Ah, te lo vas a pasar de muerte. Espero que no tengas intención de tirarte a tu amigo.

—Ya veremos.

Karen abrochó las correas de cuero de la tapa, cogió la mochila y la llevó hacia la puerta de la calle. La dejó allí apoyada contra la pared.

—Parece que va a ser tope divertido. Me gustaría ir.

—Estás invitada.

—Te lo agradezco en el alma —ironizó Meg—. Me hace tanta falta una acampada de éstas como una tercera teta.

Karen se dejó caer en el sofá y empezó a calzarse las botas de excursionista. Eran unas *Pivettas*, bastante rayadas y deterioradas. Habían permanecido en el fondo del armario, sin que se las hubiera puesto para nada, desde el verano en que se licenció en Literatura, cuatro años atrás, pero le resultaban cómodas y familiares, como unos buenos amigos de los viejos tiempos: amigos que evocaban polvorientos caminos serpenteantes, el frío viento de los pasos de montaña, lagos perdidos, ríos helados y humo de fogatas. Terminó de atarse los cordones y se palmeó las desnudas rodillas.

—Esto va a ser formidable.

—Masoquista —calificó Meg, y aplastó el cigarrillo.

—No sabes lo que te pierdes.

—Seguro que sí. Bueno, es hora de volver a meterse en el sobre. —Se levantó de la butaca, bostezó y se estiró—. En fin, diviértete si puedes.

—No faltaría más. Nos veremos el domingo que viene.

—Dales recuerdos a las ardillas.

Meg dijo adiós agitando los dedos, dio media vuelta y salió de la estancia.

Karen echó una ojeada a su reloj de pulsera. Las cinco y veintiocho minutos. Se echó hacia atrás y estiró las piernas. La camisa de cuadros escoceses que llevaba se le abría hasta el vientre. La abotonó, para comprobar acto seguido la

bragüeta de sus pantalones cortos de pana. Todo en orden. Bostezó. Tal vez debería haber aceptado el café que le ofreció Meg. Aspiró, una profunda bocanada de aire que pareció inundar todo su cuerpo con una agradable sensación de lasitud. Mientras dejaba escapar despacio el aire, cerró los ojos.

Una semana entera con Scott en las montañas. Con niños o sin niños, sería fabuloso. Encontrarían tiempo para pasarlo a solas, aunque no fuera más que por la noche. Haría fresco y se acurrucarían el uno contra el otro mientras el viento azotaba las paredes de la tienda de campaña...

La despertó el repiqueteo del timbre. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. La abrió.

Desde el otro lado de la rejilla del cancel, bajo la luz del porche, Scott le sonreía.

—Coge tu *Atalaya* y encájala —dijo Karen, y cerró la puerta. Cuando la abrió de nuevo, el semblante de Scott se aplastaba contra la tela metálica.

—Quiero tu cuerpo —susurró el hombre.

Durante unos segundos, el rostro de Scott apareció deformado, como si fuera el de un extraño. Karen sintió un fugaz estremecimiento de temor. Pero, en seguida, el hombre dio un paso atrás y volvió a ser Scott, apuesto y sonriente.

—¿Lista para entrar en acción? —preguntó.

—Sí. —Al abrir el cancel, Karen alargó el cuello y echó un vistazo al automóvil detenido en el paseo de acceso. Los faros estaban encendidos. El interior del vehículo, a oscuras.

—¿Están ahí dentro los chicos?

—Ha costado, pero sí. Fue tarea de titanes arrancar a Julie de la cama. En cambio, Benny se moría de ganas de venir. No estoy seguro de que haya pegado ojo en toda la noche. Luego decidió que no podía vivir sin sus prismáticos y no había forma de dar con ese maldito trasto.

—¿Lo encontraste?

—Lo encontramos. Pero buscarlo retrasó la hora de partida.

—Se te perdona.

—Gracias —dijo Scott.

Abrazó a Karen. El hombre olía a café y a loción para después del afeitado. Cuando los labios de Scott se oprimieron suavemente contra los suyos, Karen se sintió tan a gusto que tuvo la impresión de que se adormilaba. Hasta que tuvo las manos de Scott debajo de la camisa. Y estaba completamente despierta cuando las manos le ascendieron por la espalda, retrocedieron para pasar por debajo de las axilas y se cerraron sobre los pechos. Se deslizaron en círculo. Acariciaron. Bajo su contacto, los pezones se irguieron, erectos.

—Creo que mandaré los chicos a casa —murmuró Scott.

—Hummm. Te he echado de menos.

Scott la besó de nuevo, apretándola contra sí.

—Vale más que nos pongamos en movimiento. ¿Has hecho el equipaje y todo está dispuesto?

—Todo a punto.

Karen se inclinó para coger la mochila.

—Permíteme —se ofreció Scott.

Mientras él se hacía cargo de la mochila, Karen se acercó rápidamente a la mesita de café. Tomó el bolso y el sombrero de fieltro y siguió a Scott a través de la puerta.

El aire de la mañana envolvió sus desnudos brazos y piernas y se le filtró como agua helada a través de la camisa. La sacudió un escalofrío en cuanto agitó la mano a guisa de saludo dirigido a la cara borrosa que miraba por la ventanilla del asiento trasero del coche. A la claridad gris-azul del amanecer le fue imposible determinar si el rostro pertenecía a Julie o a Benny.

—Ya puedes subir —dijo Scott.

Karen se encogió de hombros, puesto que prefería esperar. No deseaba subir al vehículo antes que él. Se llegaron al portaequipajes. Karen se detuvo allí, encorvados los

hombros, cruzados los brazos sobre el pecho, muy juntas las piernas, apretadas con fuerza las mandíbulas para evitar que le castañetearan los dientes.

Scott le sonrió mientras abría el maletero.

—La calefacción está en marcha.

—El aire fresco es estupendo.

Scott se echó a reír. Puso la mochila de Karen encima de las otras. Luego bajó la tapa.

—¿Te dejas olvidado algo?

—Seguramente.

Scott se apoyó de espaldas en el maletero: su aspecto era tranquilo y cordial. Naturalmente, vestía pantalones largos y camisa de franela.

—¿Gafas de sol? —preguntó.

—Las tengo.

—¿Chaquetón?

—En la mochila. No me importaría llevarlo puesto.

Karen anduvo, despacio, hacia la portezuela del lado contrario al del conductor y, antes de abrirla, aguardó hasta que Scott estuvo al volante. Entonces, se inclinó hacia el interior del vehículo y sonrió por encima del respaldo del asiento.

—Buenos días —saludó.

—¡Hola! ¡Hola! —Benny acompañó sus palabras con un guiño. Se llevó una mano, cerrada como si se tratase de un micrófono, a la boca—. Un saludo matinal para ti y gracias por sintonizarnos. ¡Nos hemos duchado en tu honor!

—¡Cállate, payaso! —ordenó Julie. Dirigió a Karen una tensa sonrisa, apretados los labios, y volvió la cara hacia la ventanilla.

Karen ocupó su sitio. Cerró la portezuela. Notó en las piernas el soplo de la calefacción. Suspiró, se arrellanó en el asiento y disfrutó de aquel calorcillo mientras Scott conducía en marcha atrás hacia la calle.

—¿Hay algún inconveniente en que conduzca yo? — preguntó Nick.

El padre cerró la puerta posterior de la furgoneta.

—¿Eres capaz de ir a menos de noventa y cinco?

—Si a ti no te importa la hora de llegada...

—Bueno, según el horario establecido, hemos de estar allí a las dos y media. Creo que podemos cumplirlo sin batir marcas de velocidad. De todas formas, si te cansas, dímelo.

—Vale.

Todos subieron al automóvil. Nick puso en marcha el motor.

El padre se dio media vuelta en el asiento.

—¿Alguna necesidad fisiológica de última hora?

—Grosero —dijo Heather desde el asiento de atrás.

—Asqueroso —añadió Rose.

—Me parece que todos estamos listos —manifestó la madre.

—¿Gafas de sol? ¿Gorros? ¿Tampax?

—¡Papá! —exclamaron las gemelas al unísono.

—¡Arnold!

—Vamos a volar alto —repuso el hombre, sin que su expresión dejase la seriedad—. A veces se producen hemorragias.

—Nasales —remató Rose.

Heather dejó oír una risita tonta.

—De cualquier clase —dijo el padre—. Las precauciones nunca sobran. «Se ha de ir preparado», ¿verdad, Nick?

—Yo llevo lo mío.

Su padre soltó una estruendosa carcajada y le palmeó la rodilla.

—Confío en que abandonéis vuestras plebeyas costumbres antes de que nos reunamos con los O'Toole.

—Scott no es ningún estrecho. —Miró a Nick—. Autopista de San Diego. Desemboca derecho en la 99 en cuan-